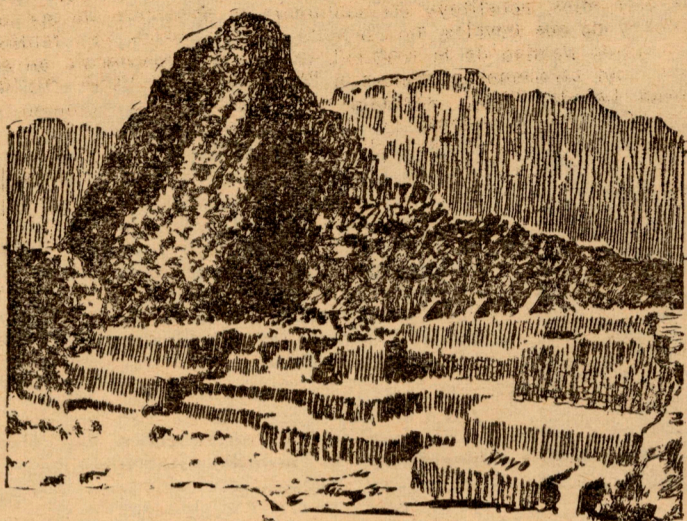


horizontes de la cultura



MACHU-PICCHU, DERROTERO Y ANTOLOGIA

por Diego Mirán

Machu-Picchu es cada día más el símbolo del Perú antiguo, la raíz histórica de la patria. Ahí la pujanza de los creadores más remotos de la nacionalidad, y ahí, también, el espíritu que opera con la naturaleza como el artista con la materia que domeña. Ahí el asidero, asimismo, de la inspiración poética. No es sólo, el monumento, un resto arqueológico. Como el Partenón es la supervivencia de una cultura. Vale decir, de una comunidad humana culminante y ejemplar.

Reunir en un volumen un derrotero para el mejor, el más puntual conocimiento de la ciudadela, con una antología de las mejores páginas de interpretación o celebración, es una idea excelente. Pertenece a H. Buse, a quien la Comisión Nacional de Cultura, en su primera serie de libros de cultura popular (Lima, 1963), acaba de editar su "Machu-Picchu". Primero una guía para seguir el desarrollo arquitectónico del monumento y enseguida meditaciones, exámenes, poemas, investigaciones, desde las páginas reveladoras de Hiram Bingham hasta el cántico de Pablo Neruda.

Un mito no se construye por azar. Un mito es producto del libro (el Ramayana, los cantos homéricos, los códices mexicanos son, en este sentido, libros), y el que Buse firma, en la serie editada por la Casa de la Cultura, sintetiza otros, tal cual la confluencia de aguas conforma el gran torrente, su imperio genial. Si se tiene en cuenta que el autor sabe reunir la información científica y el vuelo de la imaginación —que constituye un conocimiento tan eficaz como el de la razón crítica—, se comprenderá por qué el "Machu-Picchu" de Buse resulta un trabajo del cual ya no se puede prescindir si uno se interesa por esa huella cósmica del pasado peruano, americano.

Y como, a la manera de los grandes productos del alma humana, Machu-Picchu es patrimonio de la humanidad, un texto como el que aquí se comenta no puede reducirse a una edición limitada. Sugiero que el libro de Buse merezca una nueva tirada en dos o más lenguas modernas, y que se difunda como acicate menos del turismo —que pasa y no dura— que del verdadero y hondo conocimiento de esta obra que se equipara a las pirámides, a los templos helenos, a las pagodas de Bali, al coliseo romano, por todos los lectores del mundo. Universalizar lo propio de este modo es hacer nacionalismo.

Refugio, templo, convento, fortaleza, palacio, sea lo que haya sido, o todo eso junto, Machu-Picchu es, ante todo, un poema. La mano humana, coronando un marco geográfico semejante al que sueña el sueño del paraíso, parece haber escogido el sitio inigualable de decir cómo nada es semejante a la voluntad de un pueblo, ni siquiera la conjunción de selva, montaña, río y cielos inefables. Poema, pues, a la creación, esa pétrea huella de la existencia de una nación poderosa y organizada está puesta contra la eternidad. A ella mirarán nuestros hijos, nuestros nietos, los hijos de nuestros descendientes. Para saber qué debemos inquirir allí, ahora y aquí, el volumen de Buse es insustituible y no debe agotarse en una edición. Llevemos el breviario a todos los peruanos y a todos los que con nosotros sabrán leer sus páginas para luego saber leer aquellas impecables piedras sin tiempo.